



EL MANDAMIENTO DEL AMOR

Así reza una oración de la liturgia: *"Señor Dios Todopoderoso, concédenos la gracia de amarte con todo el corazón y que nuestro amor se extienda también a todos los hombres".*

Sentimos la necesidad de pedir al Señor el don de su Amor, la gracia de poder amar como ama Él, porque sin Él no podemos nada. Y sin embargo estamos hechos para el amor, **el fin de nuestra vida es amar.**

"El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre" (San Juan Pablo II, RH 10).

Este amor es lo que queremos pedirle al Señor en esta tarde: "Danos Jesús, un corazón grande para amarte con la santidad de los santos, con la pureza de los ángeles, con la sencillez e inocencia de los niños, con la pasión de los mártires... Y que con ese mismo amor podamos amar a nuestros hermanos".



Así dice Jesús en el Evangelio:

«¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que estos» (Mc 12,18ss)

Jesús en la Eucaristía nos muestra un amor infinito. Por eso **espera nuestra correspondencia.** Él nos ha amado hasta el extremo, y de ninguna manera es insensible a nuestro amor.

Así le amaba el Santo Cura de Ars. De él es este Acto de amor:

Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida.

Te amo, Dios mío, infinitamente amable, y preferir morir amándote que vivir un solo instante sin amarte.

Te amo, Dios mío, y sólo deseo ir al Cielo para tener la felicidad de amarte perfectamente.

Te amo, Dios mío, y sólo temo el infierno porque en él no existirá nunca el consuelo de amarte.

Dios mío, si mi lengua no puede decir en todo momento que te amo, al menos quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro.

Dame la gracia de sufrir amándote, de amarte en el sufrimiento y de expirar un día amándote y sintiendo que te amo.

A medida que me voy acercando al final de mi vida te pido que vayas aumentando y perfeccionando mi amor. Amén.

Y dice Jesús en otro momento:

"Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé" (Jn 15, 10-16)

Jesús nos dejó mandamiento, y nos dijo que el amor más grande es aquel de quien da la vida por un amigo, que sus discípulos serían sus amigos por siempre y que harían lo que le dijera para su bien. **No nos llama siervos, sino AMIGOS, porque nos confiaba los grandes secretos de su amor.**

Son muy hermosas estas reflexiones de Santa Teresa de Calcuta. También ella decía que **estamos creados para amar y ser amados:**

"El mal más grande de nuestros días es la falta de amor y de caridad, la terrible indiferencia hacia los hermanos y hermanas, hijos de Dios, nuestro Padre Celestial, que viven marginados, presa de la explotación, de la corrupción, de la pobreza y de la enfermedad.

Hemos sido creados por la mano de un Dios, amor infinito, para amarlo y ser amados por Él. Dios se hace uno de nosotros, nuestro hermano Jesús, para ayudarnos a comprender qué es el amor, para enseñarnos a amar.

El servicio más grande que podemos hacer a alguien es conducirlo para que conozca a Jesús, para que lo escuche y lo siga, porque sólo Jesús puede satisfacer la sed de felicidad del corazón humano, para la que hemos sido creados.

La vida es un don maravilloso de Dios y todos han sido creados para amar y ser amados. Ayudar a los pobres, material y espiritualmente, más que un deber, es un privilegio, porque Jesús, Dios hecho Hombre, nos ha asegurado: "cuanto hagan a uno de estos pequeños hermanos míos, me lo hacen a mí". Cuando ayudamos a otra persona nuestra recompensa es la paz y el gozo, porque hemos dado un sentido a nuestra vida y ya no estamos aislados.

Y añadía:

"El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz."

IMPORTANCIA DE COMULGAR BIEN

Algo muy importante para saber amar a los demás como Jesús nos pide, es **comulgar con fe y mucha devoción.**

San Francisco de Borja nos da estas CONSIDERACIONES para comulgar bien:

1º. Considerar quién es el que he de recibir, y cómo en cuanto a la divinidad es igual al Eterno Padre, y cómo en cuanto hombre es el más ilustre de todos los hombres.

- 2º. **Considerar de dónde viene:** del Cielo. Consideraré que me hace mayor don que a los Apóstoles el Jueves de la Cena. Y he de confundirme trayendo a la memoria lo que haría si esperase a un amigo o hermano que me viniese a ver de tierras lejanas, o si el Papa o el Emperador hubiese de venir a verme, y lo poco que hago con la venida de Jesucristo, de los Cielos a mi ánima.
- 3º. **Ver cómo viene.** Consideraré cómo habiéndome dado todas las criaturas, Él mismo disfrazado se me da en una de ellas, haciéndose pequeñito, conforme a mi pequeñez.
- 4º. **Ver a dónde viene.** A este mundo donde tantas ofensas y pecados se cometen contra su divina Majestad.
- 5º. **Considerar quién soy yo que le he de recibir,** y mostrarle mis llagas, pidiéndole con el leproso del Evangelio que me sane. Así miraré de dónde viene, adónde viene y a qué viene.

DOS ORACIONES PARA AGRADECER LA EUCARISTÍA

1. De Santo Tomás de Aquino

Te doy gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, porque, aunque soy un siervo pecador y sin mérito alguno, has querido alimentarme misericordiosamente con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Que esta sagrada comunión no vaya a ser para mí ocasión de castigo, sino causa de perdón y salvación.

Que sea para mí armadura de fe, escudo de buena voluntad; que me libre de todos mis vicios y me ayude a superar mis pasiones desordenadas; que aumente mi caridad y mi paciencia, mi obediencia y mi humildad y mi capacidad para hacer el bien.

Que sea defensa inexpugnable contra todos mis enemigos, visibles e invisibles, y guía de todos mis impulsos y deseos.

Que me una más íntimamente a ti, el único y verdadero Dios, y me conduzca con seguridad al banquete del cielo, donde tú, con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres luz verdadera, satisfacción cumplida, gozo perdurable y felicidad perfecta.

Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

2. De San Juan Pablo II

Señor Jesús: Nos presentamos ante ti sabiendo que nos llamas y que nos amas tal como somos. «Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios»

Tu presencia en la Eucaristía ha comenzado con el sacrificio de la última cena y continúa como comunión y donación de todo lo que eres. Aumenta nuestra **FE**.

Por medio de ti y en el Espíritu Santo que nos comunicas, queremos llegar al Padre para decirle nuestro **SÍ** unido al tuyo. Contigo ya podemos decir: Padre nuestro.



SIGUIÉNDOTE A TI, «camino, verdad y vida», queremos penetrar en el aparente «silencio» y «ausencia» de Dios, rasgando la nube del Tabor para escuchar la voz del Padre que nos dice: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: Escuchadlo».

Con esta **FE**, hecha de escucha contemplativa, sabremos iluminar nuestras situaciones personales, así como los diversos sectores de la vida familiar y social.

Tú eres nuestra **ESPERANZA**, nuestra paz, nuestro mediador, hermano y amigo. Nuestro corazón se llena de gozo y de esperanza al saber que vives «siempre intercediendo por nosotros».

Nuestra esperanza se traduce en confianza, gozo de Pascua y camino apresurado contigo hacia el Padre. Queremos **SENTIR COMO TÚ** y valorar las cosas como las valoras tú. Porque tú eres el centro, el principio y el fin de todo.

Apoyados en esta **ESPERANZA**, queremos infundir en el mundo esta escala de valores evangélicos por la que Dios y sus dones salvíficos ocupan el primer lugar en el corazón y en las actitudes de la vida concreta.

Queremos **AMAR COMO TÚ**, que das la vida y te comunicas con todo lo que eres.

Quisiéramos decir como S. Pablo: «*Mi vida es Cristo*». Nuestra vida no tiene sentido sin ti.

Queremos aprender a «*estar con quien sabemos nos ama*», porque «*con tan buen amigo presente todo se puede sufrir*». En ti aprenderemos a unirnos a la voluntad del Padre, porque en la oración «*el amor es el que habla*» (Sta. Teresa).

Entrando en tu intimidad, queremos adoptar determinaciones y actitudes básicas, decisiones duraderas, opciones fundamentales según nuestra propia vocación cristiana.

CREYENDO, ESPERANDO Y AMANDO, TE ADORAMOS con una actitud sencilla de presencia, silencio y espera, que quiere ser también reparación, como respuesta a tus palabras: «*Quedaos aquí y velad conmigo*».

Tú superas la pobreza de nuestros pensamientos, sentimientos y palabras; por eso queremos aprender a adorar admirando el misterio, amándolo tal como es, y callando con un silencio de amigo y con una presencia de donación.

El Espíritu Santo que has infundido en nuestros corazones nos ayuda a decir esos «gemidos inenarrables» que se traducen en actitud agradecida y sencilla, y en el gesto filial de quien ya se contenta con sola tu presencia, tu amor y tu palabra.

En nuestras noches físicas y morales, si tú estás presente, y nos amas, y nos hablas, ya nos basta, aunque muchas veces no sentiremos la consolación.

Aprendiendo este más allá de la **ADORACIÓN**, estaremos en tu intimidad o «misterio». Entonces nuestra oración se convertirá en respeto hacia el «misterio» de cada hermano y de cada acontecimiento para insertarnos en nuestro ambiente familiar y social y construir la historia con este silencio activo y fecundo que nace de la contemplación.

Gracias a ti, nuestra capacidad de silencio y de adoración se convertirá en capacidad de **AMAR** y de **SERVIR**.

Nos has dado a tu **MADRE** como nuestra para que nos enseñe a meditar y adorar en el corazón. Ella, recibiendo la Palabra y poniéndola en práctica, se hizo la más perfecta Madre.

Ayúdanos a ser tu Iglesia misionera, que sabe meditar adorando y amando tu Palabra, para transformarla en vida y comunicarla a todos los hermanos. Amén.